

## ROLO

Rolo salió temprano a comprar leche y pan. Rutina de sus mañanas que el joven cumplía casi sin pensarlo, viendo sin mirar el lugar donde había nacido y vivido por veinte años. De su casa al almacén de don Mario podía ir con los ojos cerrados, sabía de memoria dónde estaban las raíces de los árboles y las baldosas levantadas de la vereda.

La mañana estaba húmeda y el cielo se abarrotaba de nubes grises. El almacén abría a las siete, como suele pasar en los barrios. Rolo subió el pequeño escalón de la entrada, corrió la vieja cortina y se dirigió al dueño del local que era también despachante y cajero del comercio:

-Buen día, don Mario, voy a llevar la leche y el pan para casa.

Almacenero y cliente se conocían tanto que ya no era necesario decir las cantidades. Don Mario, sin más palabras ni sonrisas, sacó una oferta de pan que ya estaba pronta en una bolsita, tomó un litro de leche del refrigerador y los alargó al joven.

-Son, setenta. Hoy subió la leche.

Rolo, sin comentarios, buscó la billetera en el bolsillo derecho de su pantalón para pagar la compra pero la billetera no estaba allí. Buscó en el bolsillo izquierdo, tampoco. Casi nervioso, buscó en el bolsillo de atrás.

El despachante captó la situación y automáticamente guardó las mercaderías debajo del mostrador diciendo:

-Andá tranquilo a buscar la plata que yo te guardo las cosas acá.

Rolo salió a la calle casi avergonzado mirando para abajo. Realmente no tenía idea de dónde había dejado la bendita billetera. La leche y el pan debían llegar a casa antes de las siete y media. Sus hermanos menores desayunaban antes de salir para la escuela.

Ensimismado en sus problemas domésticos Rolo demoró en darse cuenta que todo el entorno había cambiado desde que entró al almacén. Nada tenía color ahora, el mundo era en blanco y negro como las fotos que tenía la abuela en sus viejos álbumes.

Aún más, el barrio estaba lleno de soldados armados, muchos tanques en las calles se movían en plan de guerra. Los uniformes de los soldados iban del gris al negro, negros los cascos, negras las botas, los tanques también eran negros, sus enormes orugas no tenían brillo, sus humos negros dibujaban extrañas figuras en las calles, subían a los árboles que se habían quedado sin hojas y sin flores o querían entrar a las casas por las rendijas de las ventanas que aún estaban casi todas cerradas y Rolo estaba allí buscando unas piernas que no querían moverse para ir a buscar una billetera no sabía adónde con un buzo que recordaba verde y ahora veía gris.

Los soldados pie a tierra se movieron rápidamente abriéndose en una uve perfecta como suelen hacerlo las bandadas de pájaros en vuelo y muy pronto se replegaron formando un enorme pelotón negro. Uno de ellos daba órdenes a gritos cortos y secos en un lenguaje extraño e incomprensible para Rolo, un Rolo recién salido del almacén de toda la vida que ahora estaba en un barrio que no era su barrio, con gente que no hablaba su idioma y luciendo un buzo gris que no era su buzo verde de todos los días, un Rolo que quería moverse pero estaba sobre unas piernas que no respondían a las órdenes de su cerebro, un Rolo que quería decir algo pero no encontraba las palabras ni la forma para poder decirlo mientras miraba un hueco en su buzo nuevo, un hueco justo allí frente donde algún día le habían enseñado que tenía un motor de vida llamado corazón, un motor que había trabajado veinte años en silencio pero ahora golpeaba con un ruido nuevo y parecía llegar a su garganta y ahogarle las palabras, aquellas palabras que se fueron y de pronto supo que moriría buscándolas.

MORADA